

LAS BIENAVENTURANZAS EN SAN AGUSTÍN

IMANOL LARRÍNAGA BENGOCHEA, OAR

“Cualquiera que con piedad y recogimiento considere el sermón que nuestro Señor Jesucristo pronunció en el monte, como leemos en el evangelio según san Mateo, pienso que encontrará en él, por lo que atañe a la buena dirección de costumbres, un método perfecto de vida cristiana. Así nos atreveremos a prometerlo, y no es temeraria nuestra promesa, porque se funde en las mismas palabras del Señor” (*El Sermón de la montaña* 1,1,1).

Toda la vida de san Agustín puede interpretarse desde la clave de una búsqueda incesante de la *vida feliz* y hasta escribió un tratado con este título tan sugestivo: “Esta es, pues, la plena hartura de las almas; esta es la vida feliz, que consiste en conocer piadosa y perfectamente quién nos guía a la verdad, y los vínculos que nos relacionan con ella, y los medios que nos llevan al sumo modo. Por la luz de estas tres cosas se va a la inteligencia de un solo Dios y una sola sentencia, excluyendo toda supersticiosa vanidad. Aquí a la madre le saltaron a la memoria las palabras que tenía grabadas y como despertando a su pena, llena de gozo recitó los versos de nuestro sacerdote: ‘escucha, divina Trinidad, nuestra plegaria’. Y añadió: ‘esta es, sin duda, la vida feliz porque es la vida perfecta, y a ella, según presumimos, podemos ser guiados prontos en alas de una fe firme, una gozosa esperanza y ardiente caridad’” (*La vida feliz* 4, 35).

Enseñanza de Cristo y felicidad. Una fundamentación necesaria y siempre válida es la pedagogía de Dios: “Feliz el que te ama a ti, al amigo en ti y al enemigo por ti. No pierde a ningún ser querido aquel y sólo aquel para quien todos son seres queridos en Aquel que nunca se pierde. ¿Y quién es éste, sino nuestro Dios que hizo el cielo y la tierra y los colma, precisamente porque los creó colmándolos? A ti nadie te pierde, sino el que te vuelve las espaldas. Y al volverte las espaldas ¿adónde va o adónde huye, sino de ti apacible a ti irritado? ¿Dónde no se topará con tu ley para castigo suyo? Porque tu ley es la verdad y la Verdad eres tú” (*Confesiones* 4, 9, 14).

Al ansia de la felicidad humana responde Agustín desde Cristo: “Claramente manifestó que las palabras pronunciadas por Él en el monte contienen una doctrina tan perfecta para dirigir la vida cristiana, que cuantos quieren tenerla por norma de vida, con razón se comparan al hombre que edificó su casa sobre piedra. He dicho esto para hacer ver que este sermón contiene todos los preceptos de perfección que informan la vida cristiana” (*El Sermón de la montaña* 1,1,1).

I. EL MENSAJE DE LAS PANCARTAS

La publicidad tiene expresiones vivas, sintéticas, ambiguas, con encanto, vacías, luminosas, momentáneas... A modo de ejemplo, hago

referencia a cuatro pancartas que literalmente no se airean, pero sí tienen mucho de actualidad y de reivindicación:

- “*Si yo fuera rico...*”. En el corazón del hombre late el ansia de poseer, de forrarse los bolsillos, de aparentar una vida llena de cosas. Pensar que ese deseo sea irrealizable, conduce a la insatisfacción. El deseo lleva a una triste conclusión: “El que apetece muchas cosas se condena a sí mismo a la indigencia. Su avaricia le hace víctima de la pluralidad y esclavo de la multiplicación” (*El orden* 1 2,3). Es una pancarta que guía a muchas personas e inclina a creer que la vida es injusta. De ahí surgen quejas, envidias, críticas sobre personas o estamentos, la rabia interna que impide la felicidad. ¿Se es feliz por tener mucho?: “¿Por qué tienen tanto los ricos? Porque su ambición no tiene límites. Cuanto más tienen, más quieren tener. Y cuanto más quieren tener, más hambread y, por tanto, más sufren. ¿Quién es, pues, el verdadero rico? El que menos necesita” (*Sermón* 127, 9).

- “*Si yo tuviera una escoba*”. La experiencia diaria y, mucho más en los últimos tiempos, nos habla de un autoritarismo y una rigidez de posturas preocupantes. Ser felices es sinónimo de mandar, de tener la última palabra. Encontramos personas de dudosa idoneidad, incompetentes al máximo, que forman un mundillo de aprovechados. Barrer a los demás del mapa de la tierra, porque no los acepto o porque me parecen unos indeseables, es una forma temeraria de justicia. Barrer tiene el sentido contrario: quitar estorbos, suprimir barreras, convertir la vida diaria en un encuentro, ser más prójimos. Advierte san Agustín: “No serás feliz si no puedes lograr lo que pretendes, o si no amas lo que logras o si logras lo que pretendes, pero esto es malo para ti. Si no logras lo que pretendes, te sientes angustiado. Si logras lo que amas, te sientes defraudado. Todas estas situaciones van acompañadas, indefectiblemente, de un sentimiento de miseria” (*Las costumbres de la Iglesia católica* 3, 4).

- “*¡Si yo naciera de nuevo!*”. Repetiría una y mil veces lo mismo....se suele repetir con frecuencia: ¿Hasta qué punto somos sinceros? El hecho de vivir insatisfechos, de no gustarnos, de estar prontos a una recriminación por nuestra vaciedad, conlleva a pensar en lo imposible. Por eso mismo tratamos de sugerirnos un proyecto que nos proporcione una nueva vida, otro tiempo y algún elixir que reconforte: “La causa del error es el desconocimiento que el hombre tiene de sí mismo. Para conocerse necesita estar avezado a desconfiar de sus sentidos y a replegarse y vivir en comunión consigo mismo” (*El orden* 1,1,3). Claro que, aparte de esta cita, Agustín puede expresar y, por propia experiencia, lo que es renacer de nuevo: “Dios no te prohíbe amar las cosas, sino amarlas para la felicidad. Por tanto, al aprobar y alabar a las criaturas, no pierdas de vista al Creador” (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 2).

- “*Si...*”. Sólo la condicional, con mucho espacio en blanco. Cada uno puede pintar su propia pancarta y firmarla. En nuestros días hemos pasado a buscar una felicidad tan pequeña que nos obliga a estar siempre sonriendo, a mostrarnos como eufóricos triunfadores. El “*deber de ser felices*” nos intimida

hasta el punto que, probablemente, somos las primeras sociedades de la historia que han hecho a la gente *infeliz por no ser feliz* (P. Bruckner). Agustín tiene una norma de oro para hacernos caer en la cuenta de lo que es la realidad: “Es frecuente oír a los pesimistas de turno quejarse amargamente de los tiempos que corremos, aseverando enfáticamente que nuestros antepasados vivieron mejores días... Supongamos que se diese a estos quejicas la oportunidad de volver a los tiempos antiguos. ¿No se dedicarían, también entonces, a lamentarse de ‘sus tiempos’?” (Sermón 92, 1).

II. EN TORNO AL MONTE

“Viendo la muchedumbre, subió al monte y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu...” (Mateo 5, 1-11; cf. Lucas 6, 20-23).

El sermón de la montaña es la exposición nítida y universal de la voluntad de Dios en la línea de la ley de los profetas. Es decir, tal como fue siempre. En este sentido formula las condiciones de admisión en el reino de Dios: “Con nosotros oísteis cómo, habiéndose llegado los discípulos a nuestro Señor Jesucristo, Él, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: ‘Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos’. etc. El único verdadero Maestro enseñaba a los discípulos, puestos a la redonda, esto de que hacemos mención brevemente; y vosotros, con su ayuda, os habéis llegado a mí para que os hable y os enseñe ¿Podemos hacer algo mejor que deciros lo que un tal Maestro expuso y dijo?” (Sermón 11, 1).

Con el nombre de “*Bienaventuranzas*” se pretende significar no el ideal de felicidad a la que tiende todo hombre siguiendo la tendencia de su propia naturaleza, sino la bienaventuranza que Cristo ha venido a traernos por medio de su redención y de su gracia. Las bienaventuranzas responden a la pregunta por la verdadera riqueza, por la verdadera paz, por la mansedumbre, por la relación con la tierra y sus bienes, con los hombres y sus injusticias, por la intranquilidad del corazón humano y por su pacificación en Dios: Por eso, en el fondo se trata de *una transposición a programa humano de lo que es la experiencia personal de Jesús Hijo ante el Padre y ante los hombres, entrega de su vida por ellos. En realidad, las Bienaventuranzas y todo el sermón de la montaña sólo son legibles e inteligibles a la luz de la muerte de Jesús* (Olegario G. de Cardedal).

Las Bienaventuranzas o “*macarismos*” tienen tres elementos: la persona de quien se dice el macarismo, la causa de la felicidad deseada y el premio prometido al hombre bienaventurado. Cada una de las bienaventuranzas consta de dos partes: en la primera se celebra la felicidad de una cierta categoría de personas virtuosas, y en la segunda se anuncia el premio que les está reservado. Para entender mejor las bienaventuranzas es necesario tener en cuenta las dos partes. La primera se apoya en el Antiguo Testamento que, frecuentemente, habla de los pobres, de los mansos, de los perseguidos pero que se ha de interpretar bajo la luz de la doctrina evangélica. La segunda parte, la que se refiere a la recompensa prometida, es sustancialmente idéntica en todas las bienaventuranzas y presupone siempre la misma sublime realidad, el

reino de Dios considerado bajo distintos aspectos: *de ellos es el reino de los cielos, poseerán la tierra...* etc. La realidad prometida no es más que el reino de Dios en sus dos fases, la terrena y la celeste: “Lo que amamos y deseamos y pedimos vendrá después; lo que se nos ordena para llegar a eso que vendrá, debe ser ahora” (*Sermón 53, 1*).

San Mateo presenta las Bienaventuranzas de forma más general e impersonal: *bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos*. San Lucas, en cambio, se dirige directamente a los discípulos: *bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios*. Mateo interpreta las Bienaventuranzas en sentido espiritual: *pobres de (en) espíritu, los limpios de corazón*; Lucas, por el contrario, mira más a las condiciones materiales y al estado social de sus oyentes: *los que padecéis, los que ahora lloráis*.

¿Quiénes son los destinatarios de las Bienaventuranzas? El acento está en las disposiciones interiores que configuran al hombre con la voluntad de Dios: de las ocho bienaventuranzas, hay seis que conciernen directamente a estas disposiciones. Las dos bienaventuranzas *activas*, la de los misericordiosos y la de los que trabajan por la paz, designan prácticas que manifiestan igualmente las disposiciones del corazón: las que deben inspirar al cristiano en sus relaciones con el prójimo. Las otras seis bienaventuranzas cualifican más bien la actitud del creyente ante Dios.

Bienaventurados los pobres de espíritu... (Mateo 5, 3).

Mateo determina mejor el verdadero sentido espiritual de la bienaventuranza, como si quisiera poner de relieve el aspecto religioso, porque el sermón de la Montaña constituye para él una catequesis: “El pobre de espíritu es humilde, y Dios que oye los gemidos de los humildes, no desoye sus ruegos. Por ahí, por la humildad, o digamos por la pobreza, comenzó el Señor su sermón. Se hallan hombres religiosos, abundantes de bienes de la tierra, mas no hinchados por el orgullo, y se hallan menesterosos sin un maravedí, pero también sin resignación; éste no tiene más esperanza que aquél; aquél es pobre de espíritu por ser humilde; éste segundo es pobre mas no de espíritu. Por eso, habiendo dicho nuestro Señor Cristo ‘bienaventurados los pobres, añadió, de espíritu’. Luego los oyentes pobres no debéis ambicionar las riquezas” (*Sermón 11, 2*).

La pobreza que Jesús declara bienaventurada no se refiere, principalmente, a la miseria social, sino que se relaciona sobre todo con la piedad y la humildad. Los pobres serán bienaventurados porque Cristo ha sido enviado para consolarlos y porque su misión tiene como finalidad el ofrecerles la felicidad del reino de Dios: *bienaventurados los pobres en el espíritu*. Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres a quienes pertenece ya el Reino (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* nº 2546). Para Jesús, en medio de la pobreza y la opresión, sin dejar de sentir todo su dolor e inhumanidad, se puede vivir un gozo profundo porque se siente que está ya irrumpiendo un mundo nuevo que viene del amor de Dios. De ninguna manera se considera la pobreza, el sufrimiento, el hambre o la persecución como realidades positivas, como si tales situaciones favoreciesen el resurgir de actitudes más religiosas o de valores morales: “¿Qué dice, pues, nuestro Señor? ‘Bienaventurados

los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos'. Leemos en la Sagrada Escritura acerca de la codicia de bienes temporales que 'todo es vanidad y presunción de espíritu'. Presunción de espíritu quiere decir audacia y orgullo, y así se dice frecuentemente de los soberbios que tienen espíritu fuerte y, con razón, pues la palabra 'espíritu' significa también viento, como lo vemos en el salmo que dice: 'fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestades'. Mas ¿quién ignora que se dice de los soberbios que están hinchados, como si estuvieran inflados de viento? Esto movió al Apóstol a decir: 'la ciencia infla, la caridad edifica'. Por consiguiente, con razón se entiende aquí que son pobres de espíritu los humildes y temerosos de Dios, es decir, los que no tienen espíritu que infle. No podía empezar de otro modo la bienaventuranza, porque ella debe hacernos llegar a la suma sabiduría, pues 'el principio de la sabiduría es el temor de Dios', mientras que, por el contrario, 'el primer origen de todo pecado es la soberbia'. Apetozcan, pues, y amen los soberbios el reino de la tierra; 'mas bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos' (El Sermón de la Montaña 1,1,3).

Cristo acoge la palabra "pobre" con el matiz moral perceptible ya en Sofonías: *buscad a Yavé, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el día de la cólera de Yavé* (2,3). Es cierto que Cristo se refiere en la bienaventuranza a la pobreza efectiva, especialmente para sus discípulos. Él mismo es ejemplo de pobreza y de humildad: "Esta falsa vida, donde las riquezas deleitan, ha de pasar y en pos vendrá la vida verdadera. Si amas lo que tienes, deposítalo en un lugar bien seguro para no perderlo. Porque cualquiera que sea quien ame las riquezas, todo su afán, cierto, es no perderlas. Oye un consejo de tu Señor; la tierra no es lugar sin riesgos, traspásalo al cielo. Si encomiendas lo que juntaste al más leal de tus siervos, mucho más debes hacerlo a tu fiel Señor; tu siervo, aun supuesta la fidelidad, puede perderlo contra su voluntad; tu Dios no puede perder nada; cuanto en sus manos depositas lo hallarás en Él cuando le tengas a Él" (Sermón 11, 6).

Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra (Mateo 5, 4).

La mansedumbre está relacionada con la propensión a ser víctima de las acciones violentas de otro. Los antiguos veían la mansedumbre como contraria a la cólera que, a su vez, era considerada la pasión lógica y necesaria después de sufrir una injuria que pedía venganza pues, de no tomarla, el injuriado quedaba expuesto al deshonor, la burla y el desprecio de sus vecinos. Pero sería mejor entender la palabra "manso" no como la actitud de aquellas personas que buscan evitar el orgullo (como una actitud meramente interior), sino la de aquellos que no tienen poder ante los ojos del mundo. Algo así como los "humildes". Mateo no desconoce este significado (cf. 11, 29 y 21, 5). Estos mansos son los que no oprimen a nadie ni sacan partido ni piensan en la venganza, ni en la violencia para alcanzar sus objetivos. Son los pacientes y generosos de corazón: "Son mansos los que no resisten a la voluntad de Dios. ¿Quiénes son los mansos? Los que, cuando les va bien, alaban a Dios, y cuando mal, no blasfeman de Dios; en las buenas obras que hacen glorifican a Dios y en los pecados se acusan a sí

mismos. 'Esos heredarán la tierra' ¿qué tierra sino aquella de la que dice un salmo: 'Tú eres mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos?'" (*Sermón 11,7*).

Esta bienaventuranza reproduce y repite sustancialmente la primera. Jesús promete a los mansos que "*heredarán la tierra*". Expresiones tomadas del salmo 37, 11 en el que las promesas van dirigidas a los pobres. Se trata, como en las otras bienaventuranzas, de la posesión del reino de los cielos: "Pon atención a lo que sigue: 'Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra'. Ya estás pensando en poseer la tierra ¡Cuidado, no seas poseído por ella! La poseerás si eres manso; de lo contrario, serás poseído. Al escuchar el precio que se te propone, el poseer la tierra, no abras el saco de la avaricia, que te impulsa a poseerla ya ahora tú sólo, excluido cualquier vecino. No te engañe el pensamiento. Poseerás verdaderamente la tierra cuando te adhieras a quien hizo el cielo y la tierra. En esto consiste el ser manso: en no poner resistencia a Dios, de manera que en lo bueno que haces sea Él quien te agrada, no tú mismo; y en lo malo que sufras no te desagrade Él, sino a ti mismo. No es poco agradecerle a Él, desagradándote a ti mismo, pues agradándote a ti le desagradarías a Él" (*Sermón 53 2*).

Mateo es el único evangelista que nos habla de la mansedumbre que es, fundamentalmente, una disposición del espíritu. En la entrada triunfal de Jerusalén (cf. 21, 1) se cumplió la profecía de Zacarías 2, 9. Cristo es un rey y un triunfador lleno de mansedumbre. La herencia del reino está garantizada por la promesa divina y se identifica con el mundo futuro (cf. *Mateo 19, 29...*) Puesto que la promesa es propia de los hijos (*Gálatas 3,6*), entrar en posesión de la herencia divina coincide con el hecho de recibir el título de hijos de Dios. Poseer la tierra llena de delicias representa la posesión del reino mesiánico: "Cuando el Señor dice 'bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra' nos da a entender que se trata de la firme estabilidad de la herencia eterna, donde el alma, como en su propio lugar, descansará con santo amor, lo mismo que el cuerpo descansará en la tierra y donde ella encuentra su alimento, como el cuerpo en la tierra; esa herencia es el descanso y la vida de los santos. Los hombres mansos son aquellos que ceden ante los atropellos de que son víctimas y no hacen resistencia a la ofensa, sino que 'vence el mal con el bien'. Riñan, pues, los carnales e iracundos y peleen por los bienes terrenos y temporales, mas 'bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra', de la que no podrán ser desposeídos" (*El Sermón de la Montaña 2,4*).

Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados (Mateo 5, 5).

Los desgraciados de esta bienaventuranza son aquellos que no participan de la felicidad de este mundo. Son excluidos porque son pobres. Pero serán consolados, encontrarán en la vida futura la felicidad de la vida eterna. Jesús glorifica el sufrimiento por los efectos saludables que de él se derivan. Redimir expiando purifica al despegar el corazón de las cosas de este mundo y libera soltándonos de los apegos terrenos. Jesús introduce en su reino la gran masa de miserables, estrujados por esa minoría de los poderosos ávidos de riquezas (cf. *Isaías 29, 20*).

El premio prometido a los que lloran, a los “afligidos”, se presenta en esta bienaventuranza como la compensación y la recompensa por todo lo que han sufrido en este mundo: “El llanto designa los trabajos, la consolación designa la recompensa; ¿qué consuelos, en efecto, son los que de quienes lloran carnalmente? Tan inoportunos como terribles. Porque, al enjugar sus lágrimas, temen siempre llorar otras nuevas. Un padre, por ejemplo, llora la pérdida de su hijo y se regocija cuando nace otro; reemplaza éste al primero, mas el nacido es para él objeto de temor, como el difunto lo es de tristeza; ninguno, pues, de los dos le ensancha verdaderamente. Verdadera consolación será la que tendremos en recibir lo que nunca se perderá. Los que ahora, por ende, lloran en la peregrinación, alégrese ya de la futura consolación” (*Sermón 53, 3*).

Los que lloran o se afligen lo hacen por cosas concretas, no se trata de melancólicos ni personas que lloran sus pecados. En el Antiguo Testamento y en el pensamiento judío posterior, la aflicción y la consolación van con frecuencia unidas: Dios promete su ayuda a los atribulados (cf. *Isaías 40,1*); este consuelo definitivo, esperado por los pobres de Israel (cf. *Lucas 2, 25*) se hace presente, si bien todavía no universal y manifiesto, en el ministerio de Jesús: “Llanto en la tristeza que sentimos por la pérdida de aquellos que amamos. Ahora bien, todos los que se convierten a Dios pierden por eso mismo lo que más amaban en este mundo y dejan de gozarse en lo que antes les deleitaba. Sus alegrías han cambiado de objeto y, por eso, mientras no se inflama su corazón en el amor de las cosas eternas, se verán afligidos por alguna tristeza; pero luego los consolará el Espíritu Santo que, principalmente por esto, se llama Consolador; el cual, en cambio, de la alegría pasajera que perdieron, les hará entrar en la posesión de un gozo sin fin” (*El Sermón de la Montaña 1,2, 4*).

La referencia a *Isaías 61* es fundamental en esta bienaventuranza: el enviado definitivo de Dios recibirá el espíritu del Señor en plenitud, que le capacitará para su misión de anunciar a los pobres la buena noticia y consolar a los afligidos. El afligido expresa frecuentemente el dolor que siente y lo manifiesta en lágrimas, lamentos y ritos de duelo: “El llanto, hermanos míos, lo es verdaderamente cuando es gemido de penitencia. Todo pecador debe ponerse de luto; ¿por quién, en efecto, se lleva luto sino por el muerto? Y ¿quién tan muerto como el malo? Gran cosa es el llanto; llórese a sí mismo y revivirá; vierta lágrimas de penitencia y hallará el consuelo de la indulgencia” (*Sermón 11, 8*).

Agustín de Hipona va desgranando matices auténticos de esta bienaventuranza en su trabajo pastoral. La tarde del obispo Agustín estaba frecuentemente ocupada en gestiones o visitas. Como pastor de una ciudad hormigueante de gente y de problemas, visitaba a los enfermos, a los huérfanos y a los ancianos que pedían su bendición. Todas las miserias del cuerpo y, más todavía las del corazón, le eran confiadas (cf. *Vida de san Agustín 26*). Confiesa desde su propia experiencia: “El deber de someterme a tareas que se me imponen, no me deja el tiempo de hacer lo que fuera de mi gusto. Estos trabajos devoran los pocos descansos que me quedan, en medio de los asuntos y llamadas ajenas. A veces me siento obsesionado, y ya no sé qué hacer” (*Carta 139, 2*). “¡Predicar, discutir, amonestar, edificar, estar a la disposición de cada cual, qué carga, qué

peso, qué trabajo!” (Ib.). “Animar a los buenos, soportar a los malos y amar a todo el mundo” (*La Catequesis a principiantes* 27, 55).

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6).

Esta bienaventuranza, que se encuentra en Mateo y Lucas, tiene en ambos evangelistas unas diferencias bastante grandes. Mateo, con la expresión de “justicia”, quiere recalcar que se trata de un hambre metafórica. Lucas, en cambio, habla del hambre en sentido ordinario: se trata de hambre de un alimento material para sustentar el cuerpo. Mateo insiste pues, en el aspecto moral de la bienaventuranza, llevado por su deseo catequético y, por eso, añade la expresión “de justicia”. La expresión de Mateo es evocada, espiritualmente hablando, porque en la Biblia “hambre y sed” indican frecuentemente el deseo de bienes sobrenaturales (cf. *Isaías* 56, 1; *Jeremías* 31, 25; *Amós* 8, 11) que Dios satisfará plenamente: “Tener hambre y sed de justicia es cosa de la tierra donde vivimos; hartarse de justicia lo será donde nadie pecará; un hartarse de justicia como se hartan los santos ángeles. Nosotros, hambrientos aún y sedientos de justicia, digámosle a Dios: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (*Sermón* 11, 9).

La bienaventuranza de los “hambrientos” tiene el mismo sentido que el expresado en aquellas palabras de Jesús: *Yo dispongo el reino en favor vuestro... para que comáis y bebáis en mi mesa, en mi reino* (Lucas 22, 29-30). El mismo evangelista refiere la exclamación de un oyente de Jesús: *¡dichoso el que pueda comer en el reino de Dios!* (14, 15). Y Jesús anuncia que los llamados al banquete celestial serán los pobres, los tullidos, los ciegos y los cojos (cf. 14,21).

De los dos textos de Lucas se deduce que la felicidad del mundo futuro será de los pobres, de aquellos que no han podido gozar de los placeres que procuran las riquezas en este mundo. Estos serán saciados. Pero la privación de los placeres que ofrecen las riquezas, es decir, “el hambre y la sed”, ha de ser sufrida por causa del reino de los cielos. Esta es la relación existente entre los hambrientos y Cristo. La misión de Cristo es predicar el gozoso mensaje de la venida del reino de Dios a los pobres, a los afligidos, a los hambrientos. Así había profetizado *Isaías* 49, 9-10. Y en otro lugar dirá el mismo profeta: *Sí, dice Yavé, mis siervos comerán y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán y vosotros tendréis sed; mis siervos gozarán y vosotros seréis confundidos* (*Isaías* 65, 13).

El hambre y la sed expresan una necesidad del corazón y del cuerpo; el hombre que tiene hambre o que tiene sed, está en el límite de la resistencia (cf. *Amós* 8 11-14; *Juan* 6, 35). Y la “justicia” no es la justificación a la que alude Pablo ni la sola justicia social es el veredicto soberano de Dios que libera por fin a los oprimidos (*Salmos* 36, 11; 40, 11...). Justicia divina que hace posible una justicia-fidelidad del creyente *porque Yavé es justo, ama la justicia; los hombres rectos contemplan su rostro* (Ib. 11, 7). La “saciedad” alude al reino de Dios definitivamente establecido; Dios responderá en él a todas las necesidades legítimas del hombre: “Ansías saciarte ¿con qué? Si es la carne la que desea saciarse, una vez hecha la digestión, aunque haya comido lo suficiente, ‘de esta agua volverá a sentir sed’ (*Juan* 4, 13). El medicamento que se aplica a la herida, si ésta sana, ya no produce dolor; el remedio, en cambio, con que se ataca al hambre, es decir, el

alimento, se aplica como alivio pasajero. Pasada la hartura, vuelve el hambre. Día a día se aplica el remedio de la saciedad, pero no sana la herida de la debilidad. Sintamos, pues, hambre y sed de justicia, para ser saturados de ella, de la que ahora estamos hambrientos y sedientos. Seremos saciados con aquello de lo que ahora sentimos hambre y sed. Sienta hambre y sed nuestro hombre interior, pues también él tiene su alimento y su bebida. ‘Yo soy, dijo Jesús, el pan que ha bajado del cielo’ (Jn 6, 41). He aquí el pan adecuado al que tiene hambre. Sea también la bebida correspondiente: ‘en ti se halla la fuente de la vida’ (Sermón 53 4).

Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia (Mateo 5, 7).

Esta bienaventuranza tiene como objeto la “misericordia”. En la carta a los Hebreos (2, 17) Jesús es llamado “*pontífice misericordioso*” y fiel. El que, imitando a Dios, perdona los agravios recibidos, el que sigue los ejemplos de Jesús “compadeciéndose” (cf. *Colosenses* 3, 12) de los miserables, compartiendo y aliviando sus dolores físicos y morales no sólo con la limosna, sino también espiritual y moralmente, “alcanzará misericordia” divina, entrando en el reino: “Viene a continuación ‘bienaventurados los misericordiosos porque de ellos tendrá Dios misericordia’. Prácticala tú y se hará contigo. Tú eres al mismo tiempo rico y pobre: rico de bienes temporales, pobre de bienes eternos. Ya conoces el sonsonete del mendigo; también tú eres mendigo de Dios. Si el mendigo te pide a ti, también tú pides. Lo que hicieres con ése que te pide a ti, eso mismo hará Dios cuando le pidas tú a Él. Estás lleno de vacío. Llena de plenitud el vacío del pobre y el vacío tuyo será colmado de la plenitud de Dios” (Sermón 53, 5). En esta bienaventuranza se expresa, pues, la ecuación entre lo que se hace y lo que se recibe, pero el don de Dios supera inmensamente al mérito humano.

La misericordia de Dios es una de las ideas fundamentales de la Biblia. Fue ya anunciada en el paraíso después del pecado de los primeros padres (*Génesis* 3, 15), sellada con el solemne pacto de la alianza con Noé y con los patriarcas (cf. *Génesis* 9, 11; 17, 9, *Éxodo* 19, 5) y cumplida de modo maravilloso en el éxodo de Israel en Egipto: *¡Yavé, Yavé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, que mantiene su gracia por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no les dejó impunes ... (Éxodo 34, 6-7).*

Sobre todo, es en Cristo donde se encarnó la misericordia. Así dice san Pablo: *cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres, nuestro Salvador, no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó mediante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo (Tito 3, 4-6).* La epístola a los Hebreos afirma también que Cristo se hizo *en todo semejante a sus hermanos, a fin de ser Pontífice misericordioso y fiel... para expiar los pecados del pueblo (2, 17).* El evangelio de Mateo nos habla de la misericordia divina en relación con el hombre e insiste en que Dios ha querido limitar el uso de su infinita misericordia respecto a nosotros pobres pecadores, a la medida de nuestra relación con los que nos ofenden (cf. *Mateo* 7, 1-2): “En la Iglesia hay dos clases de misericordia: una es la que no conlleva gasto de dinero ni tampoco fatiga; otra que

requiere de nosotros o bien el servicio de la acción o bien gasto de dinero. Lo que no nos exige ni dinero ni fatiga radica en el alma, y consiste en perdonar a quien te ofendió. El tesoro que te permite dar esta limosna lo tienes en tu corazón: allí te entiendes directamente con Dios. No te dice: ‘saca tu cartera, abre el arca o el granero’; ni tampoco: ‘ven, camina, corre, date prisa, intercede, habla, visita, esfuérzate’. Sin moverte del sitio, arrojaste de tu corazón las dos cosas que tenías contra tu hermano: hiciste una obra de misericordia sin ningún gasto, sin ninguna fatiga, con la sola bondad, con el solo pensamiento misericordioso. Si dijera: ‘entregad vuestros bienes a los pobres’, se me podría tachar de exigente. Ciertamente soy blando o indulgente, al menos ahora cuando os digo: ‘dad sin perder nada; perdonad para que se os perdone’. Pero digamos también eso: ‘dad y se os dará’. El Señor unió ambas cosas en un solo precepto, mencionando estos dos tipos de misericordia: ‘perdonad y seréis perdonados’: la misericordia del perdón. ‘Dad y se os dará’ (Lucas 6, 37-38): la misericordia del generoso” (*Sermón 259, 3-4*).

Esta bienaventuranza de la misericordia se refiere, sobre todo, al perdón. Su significado, sin embargo, puede y debe ampliarse: implica toda forma de caridad con el prójimo (cf. *Mateo 25, 34-36*). Por eso, los que practiquen esta sublime forma de misericordia obtendrán misericordia, es decir, la salvación, la posesión gozosa de Dios, el reino de los cielos (cf. *Ib. 25, 34*): “Dios ha establecido una alianza, ha firmado un pacto con nosotros. Si queremos que Él perdone nuestras ofensas tenemos que decirle de corazón: ‘como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden’. Si falla esta condición, queda anulado el contrato” (*Sermón 58, 6*). Mateo habla, además, de la primacía de la misericordia sobre el sacrificio (9, 13) y en los relatos sobre los milagros mostrará que la misericordia del Hijo de Dios coincide con la misericordia exigida al hombre: “Cuando estabas enfermo cargaba contigo tu prójimo; ahora que ya estás sano, carga tú con él. ‘Llevad mutuamente vuestras cargas y cumpliréis la ley de Cristo’ (Gálatas 6, 2)... ‘Carga, pues, con tu lecho’ (Mateo 9, 6) y, cargado con él, no te pares, sino camina. Cuando amas al prójimo y cuidas de él, caminas ¿Adónde sino al Señor Dios, a Aquel que se debe amar con todo el corazón, con toda tu alma, con todas tu mente? (Ib. 27, 37). No hemos llegado al Señor todavía pero ya tenemos al prójimo con nosotros. Carga, pues, con aquel con quien andas, para llegar a aquel con quien deseas quedarte para siempre” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 17, 9*).

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8).

Se dirige a aquellos que son rectos y están libres de pecado “en su interior”, “en el corazón”, por oposición a los escribas y fariseos del tiempo de Jesús que se preocupaban, particularmente, de la legalidad formal, exterior, pero sin prestar atención a la rectitud interior: “Ay de vosotros... (Mt 23, 23-28): tiene limpio el corazón quien no pone cara de amigo cuando anida la enemistad en su corazón. Dios pone la corona donde la mirada, Dios premia lo interior porque mira al corazón. Sea cualquiera el placer que

te llame a tu corazón, recházalo, no lo lisonjees... para que actúe la gracia interiormente y quede limpio ese corazón donde al mismo Dios se le invoca” (*Sermón 53, 11*).

En la expresión “limpios de corazón”, el término *corazón* se emplea para significar que la realidad ética la posee y la vive el justo bienaventurado. No se trata, pues, de mera apariencia o puro formulismo. Esta bienaventuranza, además de inculcar la castidad, indica también la inocencia real de la vida y exacto cumplimiento de todas las obligaciones morales que se ha de llevar a cabo con sinceridad plena de corazón. El Salmo 24, 4 exige un corazón puro para el que quiera vivir cerca del templo donde está el Señor: *¿quién subirá al monte del Señor, se sentará en un lugar santo? El de limpias manos y puro corazón, el que no lleva su alma al fraude y no jura con mentira.*

El premio que conseguirán los limpios de corazón será el poder “ver a Dios”. Es ésta la suprema felicidad prometida a los “los hombres rectos” e “inocentes” (cf. *Salmos 12, 17; 18, 15*), que constituyen precisamente la parte selecta de Israel, es decir, “los limpios de corazón”. Esta visión de Dios caracteriza al reino fundado por Jesús (cf. *Juan 14, 6- 11*), que culminará en la gloria eterna: “Muy insensatos son los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, sabiendo que sólo se le puede ver con el corazón. Así está escrito en otro lugar: ‘buscad a Dios con sencillez de corazón’. Porque corazón limpio es lo mismo que corazón sencillo y como es necesario tener sanos los ojos del cuerpo para ver la luz natural, así no puede verse a Dios si no está purificado aquello con que podemos percibirle” (*El Sermón de la Montaña 1, 2, 8*).

“Puro” o “limpio de corazón” es una expresión judía que procede de la espiritualidad del Antiguo Testamento, especialmente de los salmos. Significa la obediencia absoluta a Dios, lejos de todo pecado. El *corazón* significa, en lenguaje judío, el centro del querer, pensar y sentir humano. Como la expresión va ligada a un lenguaje judío establecido, se entiende que es una pureza del hombre en sentido global. Mateo conoce la pureza entendida íntegramente, relativo sin duda al ámbito cultural judío, pero que en modo alguno lo anula (cf. *5 23; 23, 25*). El judaísmo, como el cristianismo primitivo, espera que Dios, que no se hizo visible en este mundo ni siquiera a Moisés, pueda ser contemplado cara a cara. Entonces desaparece la lejanía y el enigma de Dios: “Todo lo que obramos, lo que obramos bien, nuestros esfuerzos, nuestras saludables ansias e inmaculados deseos, se acabarán cuando llegemos a la visión de Dios. Entonces no buscaremos más ¿qué puede buscar quien tiene a Dios? O ¿qué le puede bastar a quien no le basta Dios? Queremos ver a Dios, buscamos verlo y ardemos por conseguirlo ¿Quién no? Pero mira lo que se dijo: ‘dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios’” (*Sermón 53, 1-6*).

Esta bienaventuranza ha alumbrado una enorme riqueza de esperanza cristiana. La pureza de corazón y la visión de Dios no llevan a la felicidad privada del hombre religioso, sino que se manifiestan como obediencia a Dios en el mundo y como espera de una futura visión de Dios: “Prepara tu corazón para llegar a ver. Hablando a lo carnal, ¿cómo es que deseas la salida del sol, teniendo los ojos enfermos? Si los ojos están sanos, la luz produciría gozo; si no lo están, será un tormento. No se te permitirá ver con el corazón impuro lo que no se ve sino con el corazón puro. Serás rechazado, alejado; no lo verás. Pues ‘dichosos los limpios de corazón

porque ellos verán a Dios' ¿Cuántas veces he repetido la palabra 'dichosos'? ¿Qué cosas producen esa felicidad? ¿Cuáles son las obras, los deberes, los méritos, los premios? Hasta ahora en ninguna bienaventuranza se ha dicho 'porque ellos verán a Dios'. Hemos llegado a los limpios de corazón: a ellos se les promete la visión de Dios. Y no sin motivo, pues allí están los ojos con que ven a Dios. Hablando de ellos dice el apóstol Pablo: 'iluminados los ojos de vuestro corazón' (Ef 1, 18). Al presente, a causa de la debilidad, esos ojos son iluminados por la fe; luego, ya vigorosos, serán iluminados por la realidad misma" (*Sermón 53*, 1-6).

Bienaventurados los que trabajan por la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mateo 5, 9).

Los que trabajan por la paz son los que la construyen y establecen cotidianamente en el marco de las relaciones humanas. El término griego corresponde etimológicamente a *pacíficos* o, mejor, a *pacificadores*. Es el que ama la paz (tomando ésta en sentido semítico que, incluye, la "salud" y la "salvación"), y el que la fomenta y la irradia en los suyos. Siendo la paz fruto de la justicia (cf. *Isaías 33, 17*), el "pacífico", que es el verdadero justo, se opone a la injusticia (*Proverbios 10, 10*). El reino mesiánico es el reino de la perfecta paz (*Isaías 9, 6-7*; *Ezequiel 34, 25*). Cristo ha inaugurado la paz y es "*nuestra paz*" (*Efesios 2, 14*; *Colosenses 1, 20*), ha traído al mundo el evangelio de la paz: "La perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna, y por eso los pacíficos son llamados hijos de Dios, porque nada en ellos les hace resistencia... Son, pues, pacíficos en sí mismos los que ordenan todos los movimientos de su alma y los sujetan a la razón, esto es, a la mente y al espíritu, y teniendo dominados los apetitos carnales, se hacen reino de Dios" (*El Sermón de la Montaña 1, 4, 9*).

El premio prometido a los pacificadores será "*ser llamados hijos de Dios*". Esta denominación no es algo puramente extrínseco, sino algo más bien real según la concepción semítica que identifica el nombre con la realidad. Dios es efectivamente el "Dios de la paz" (*Romanos 15, 30*) y el que es "hijo de la paz" se le asemeja y le pertenece. Los elegidos serán en la vida futura "hijos de Dios" (*Lucas 20, 36*): "Lo que el Señor añadió al decir 'Yo no os doy la paz como la da el mundo' (Juan 14, 27) ¿qué significa sino: yo no os la doy como la dan los hombres que aman al mundo? Ellos, en efecto, se dan la paz para gozar, no de Dios, sino del mundo, sin las incomodidades de los pleitos y de las guerras. Y cuando dan la paz a los justos, cesando de perseguirlos, no puede tratarse de una paz verdadera porque están desunidos los corazones. Pues así como se llama consorte a aquel que une a otro su suerte, se llama concorde al que tiene su corazón unido a otro. Nosotros, amadísimos, nosotros a quienes Cristo deja la paz y da su paz, no como la da el mundo, sino como la da el que hizo el mundo, para lograr la concordia, unamos nuestros corazones en uno solo y levantémoslo al cielo para que no se corrompa en la tierra" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 77, 3-5*).

Ser pacificador designa algo activo. Esta bienaventuranza, junto con la siguiente, se refiere al precepto del amor a los enemigos (cf. *Mateo 5, 44-48*); también allí se promete la filiación divina (cf. *Mateo 5, 41*); también allí se trata, como en los versículos 10-12, de enemigos y perseguidos. Mateo apunta

seguramente más allá de la convivencia de la comunidad. Y, aunque falta la referencia cristológica concreta, sabemos que en el curso de la lectura de todo el evangelio se comprende hasta qué punto el Hijo de Dios, Cristo, se acredita en la obediencia al Padre, y la obediencia a su voluntad hace que también sus discípulos puedan llamarse hijos del Padre: “Mas vino quien no tenía pecado a establecer la paz en nuestras almas y en nuestra carne y se dignó darnos por prenda el Espíritu ‘porque todos los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios’. Toda esta lucha que, por nuestra flaqueza, nos fatiga (pues aun no consintiendo en las concupiscencias, estamos ocupados en esa guerra, todavía no estamos seguros), toda esta lucha cesará cuando la muerte sea absorbida por la victoria. (...) Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: la muerte ha sido absorbida por la victoria’. Se concluyó la guerra, se concertó la paz...” (*Sermón 11, 12*).

El Maestro, Cristo, es inseparable de sus seguidores, de sus discípulos. La Encarnación es el anuncio sencillo y místico de la paz, es un orden nuevo en la tierra, una humanidad que caminará en cualquier momento de la historia con la mirada puesta en el Salvador. El Hijo de Dios es condenado precisamente por instaurar la paz en el mundo y por los siglos; es crucificado y esta misma experiencia la vivirán y la superarán tantos “pacificadores” que, al igual que Cristo, prefieran a Dios antes que el agrado a la voluntad humana. ¿Qué programa queda para un *cristiano*?: “¡Amad la paz, amad a Cristo! Si aman la paz, aman a Cristo. Al invitarles a amar la paz, los estamos invitando a amar a Cristo. ¿Por qué? Porque dice de Cristo el apóstol: ‘Él es nuestra paz que hizo de los dos pueblos uno solo’ (Ef 2, 14). Si Cristo es la paz por haber hecho de los pueblos uno ¿por qué vosotros hicisteis dos de uno? ¿Cómo, entonces, son pacíficos si, cuando Cristo hace de dos uno, vosotros hacéis de uno dos? Diciendo esto, somos pacíficos en medio de los que odian la paz; y, con todo, al hablarles así, quienes odian la paz, no combaten sin motivo (*Comentarios a los Salmos 119, 9*).

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 10)

Mateo, lo mismo que Lucas, desarrolla esta bienaventuranza más que las otras (*Mateo 5, 11ss; Lucas 6, 22 ss.*). En primer lugar, siguiendo a Mateo, se describen las persecuciones que se desencadenarán contra los discípulos de Cristo y después se promete el reino celestial. La promesa de Jesús a sus discípulos es, al mismo tiempo, una profecía: tendrán que sufrir toda clase de malos tratos a causa del Hijo del hombre. Jesús anunció en diversas ocasiones todas las persecuciones contra los discípulos (*Mateo 23, 34-36*). Los judíos harán lo mismo que sus predecesores habían hecho con los profetas: “¿Qué mal era para los apóstoles el ser expulsados de las sinagogas de los judíos, si se habían de alejar de ellas aunque nadie los expulsase? Quiso dar a entender que los judíos no habían de recibir a Cristo, del que ellos no se separarían jamás; y, en consecuencia, había de suceder que los que no querían estar en él arrojarían de las sinagogas juntamente con él a aquellos que no podían estar sin él” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 93, 2*).

Los discípulos de Jesús son llamados bienaventurados no por ser perseguidos, sino porque lo son *a causa de Jesús*. Esta relación con el Señor es la razón verdadera de su futura felicidad. La desgracia de los perseguidores y la felicidad de los perseguidos provienen del hecho que los tiempos escatológicos han llegado en la persona de Jesús. Cristo es, en efecto, el Mesías que viene al mundo. Cristo, por el cual han de sufrir los apóstoles, es el Hijo del hombre cuya venida marca el punto final de la gran prueba de los elegidos (cf. *Mateo 24, 29-31*). La perseverancia y la fidelidad a Jesús en medio de todas las persecuciones constituirán el mejor título para obtener la salvación eterna: “Un alma resistente, fuerte, estable y fundamentada en consideraciones religiosas, se mantiene firme contra todos los terrores del diablo y contra todas las amenazas del mundo. La fe en los bienes futuros, cierta y bien fundamentada, le da fuerza. La persecución cierra sus ojos, pero se abre el cielo. El anticristo amenaza, pero Cristo defiende; se sufre la muerte, pero sigue la inmortalidad” (*Sermón 303, 2*).

El sentido de la última bienaventuranza es esencialmente cristológico. Si los perseguidos a causa de Jesús son bienaventurados, la razón es por ser Jesús el Cristo, el Hijo del hombre, aquél que llevará a cabo el juicio final: “Después de la resurrección se comenzó a predicar con toda claridad a Cristo; empezaron a realizarse en Él de modo evidente las predicciones proféticas y los mártires a confesar su nombre, invencibles en su constancia. No hacían sino confesar abiertamente a quien implícitamente lo hicieron los Macabeos; murieron los unos por Cristo manifestado en el evangelio, murieron los otros por el nombre de Cristo velado aún en la ley. Unos y otros le pertenecen, a unos y a otros ayudó Cristo en sus luchas y a todos los coronó Cristo” (*Sermón 300, 5*).

Ayer como hoy, el creyente y la comunidad cristiana tienen que contar con la injuria y la persecución. Pero no cualquier persecución es objeto de la promesa sino aquella que se realiza por causa de Cristo, es decir, por causa de la justicia (*I Pedro 3, 14*). La razón para la alegría reside en que traerá un futuro mejor: *será grande vuestra recompensa en el cielo*. Una mirada sobre la historia del pueblo de Dios muestra que sus testigos han sufrido siempre. Por eso, los discípulos no pueden considerar “extraño” lo que les ocurre si en verdad sus vidas se conviertan en un testimonio profético. La recompensa será grande: “Sábetes, cristiano, que, sufras lo que sufras, no es nada en comparación con lo que has de recibir” (*Sermón 305 A, 9*).

Concluyendo con Agustín: “La octava sentencia vuelve a la primera, en cuanto que se nombra también el reino de los cielos, como dándonos a entender el último grado de perfección: ‘bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos’, que es cuando pueden ya decir: ‘¿quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Podrá separarnos la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución o el cuchillo?’ Las siete primeras bienaventuranzas son, en consecuencia, los grados de la vida perfecta. La octava muestra y esclarece la perfección alcanzada y, como si empezase de nuevo por la primera, manifiesta que por estos grados todo los demás se perfecciona” (*Sermón del Monte 1, 3, 10*).

PARA EL DIÁLOGO

•Quiero ser feliz, pero... ¿cómo? ¿a qué precio?

- ¿Creo que las Bienaventuranzas están proclamadas *para mí*?
- Compara el camino de Agustín y el tuyo en la búsqueda de la felicidad

DESPEDIDA “A tenor de mis fuerzas os expuse todas las bienaventuranzas del Señor. Os veo tan animados que aún desearíais seguir escuchando. Vuestra caridad me provocó a deciros tanto como he dicho; aún pudiera quizá seguir hablando, pero es mejor que rumiéis lo hablado y hagáis de ello saludable digestión” (*Sermón 11, 14*)